





**LA NECESIDAD DE  
UNA MENTE ABIERTA**

## **La necesidad de una mente abierta**

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2018, respecto a la primera edición en español, por:

© Manuel Arduino Pavón

© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788416179596

ISBN eBook: 9781635031829

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, Planta 3, 41001, Sevilla

[www.lantia.com](http://www.lantia.com)

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTED IN SPAIN

LA  
**NECESIDAD**  
DE UNA **MENTE**  
**ABIERTA**

MANUEL ARDUINO PAVÓN



## LA MENTE EN ESTADO PURO O EL VACÍO (DE LAS TRADICIONES ANTIGUAS)

No vamos a ocuparnos de la historia de las ideas religiosas o espirituales con profundidad. A propósito de la obra que vamos a plantear, sólo queremos hacer referencia a unas pocas escuelas. Una de ellas surgió entre los monjes del Budismo del Norte, la tradición Mahayana, en el Tíbet. Esa escuela de pensamiento sostenía que la mente, particularmente la mente en estado puro, plenamente consciente de sí misma, no es más que vacío. La mente es vacío. Todo cuanto percibimos con los sentidos son fenómenos ilusorios, fantasmagorías, espejismos.

En otra cultura, la egipcia, se sostenía que el universo y todo cuanto existe es de orden mental. Uniendo una y otra afirmación doctrinaria, obtenemos la hipótesis de que todo es vacío mental, el producto temporal del sueño o imaginación de una Mente cuya naturaleza esencial la tradición egipcia no describe con la misma fuerza que la budista tibetana.

En la China de Lao Tse, el padre del Taoísmo, se entendía que incluso en la naturaleza todas las cosas cercan, rodean o existen en función del vacío. Una casa, un par de zapatos, cualquier entidad, sugiere el inspirado pensador, se construyen con y en torno al vacío, siendo el molde la ilusión mental y el contenido, el espacio, la residencia o el vacío.

Por no mencionar otras tantas posiciones filosóficas, contamos aquí con menciones a tres puntos de vista perfectamen-

te análogos. La mente y la naturaleza son esencialmente espacio, vacío.

Hace ya muchas décadas la Nasa obtuvo fotografías muy evolucionadas del cuerpo humano. Gráficamente, eran simples filamentos ondeados en el vacío. Filamentos ondeados, como un puñado de cabellos. Esa es la estructura sustancial descubierta por la Ciencia, la estructura de la materia. En otras palabras, todo se suspende sobre el vacío, si se prefiere todo es espacio, incluido aquello que lo ocupa.

Tal parece que lo omnipresente es siempre el espacio. Espacio que en la visión de los arcaicos grupos espirituales de Oriente es en última instancia la única deidad. El espacio, el más abstracto espacio es la única deidad. Este concepto era intercambiado con el de la mente, en lo que correspondía a la experiencia espiritual del ser humano. De modo que nirvana o los estados exaltados y superiores del ser pueden ser presentados como la conquista de una mente que es en esencia vacío y plenitud a la misma vez. El vacío es la plenitud en sí misma, la única plenitud “completa” que una conciencia humana puede realizar.

En el contexto de nuestra obra, partiendo de tamañas definiciones podríamos proponer que cuando la mente se cierra sobre sí misma y no inquiere ni se abre a lo más amplio y elevado, se transforma en una cosa apresada que contraría su condición fundamental, su naturaleza espacial, abierta y libre.

Una mente que pone cercas, que crea compartimentos estancos donde pensar segura, es algo absolutamente tumoral, patológico. Y es además la causa de todo tipo de desarreglos, sanitarios y morales, tal como la realidad del mundo nos revela todo el tiempo.

Por otra parte, una mente obsesivamente atada al tiempo, a la noción de lo pasajero como lo único cierto, una mente que se identifica con lo impermanente, con las apariencias de las cosas, es una mente incapaz de ver por sí misma, de descubrir la verdad.

El primer paso, entonces, para ampliar nuestra comprensión y alcanzar una condición de excelencia luminosa e inspirada, es abrir la mente. Alguien que haya experimentado con la naturaleza pura de la mente, con la espaciosidad, con el vacío fundamental, ha de desarrollar la más refinada inteligencia, el poder más grande de comprensión y sabiduría. No son poca cosa estas conquistas superiores, desde luego que no.

Al menos en nuestra condición de mujeres y hombres de mundo, estas nociones, despojadas de su base religiosa o filosófica, también nos pueden servir de inspiración. Por cierto para que consideremos el tema de la necesidad de alcanzar una mente abierta, una mente cuyas modalidades de pensar y de sentir no construyan formas para luego adherirse a ellas, sino desentrañen, descifren, vean más allá de las apariencias, sin caer en la tentación de construir nuevas formas defensivas, creencias y suposiciones, hijas del miedo a la vida y de la ignorancia de las cuestiones de carácter iluminador.

De modo que un poco de estudio, al menos sobre la rica información de la cual disponemos, nunca está demás. Especialmente porque nuestra mente se ha convertido en una concentrada fuerza intelectual, un soporte verbal tradicional, sobre el que se sostiene la civilización y sus excesos y errores, sus enfermedades y sus tendencias predatoras y reduccionistas, sus sistemas de creencias y sus supersticiones, en fin, sus perversiones más dolorosas...

